

## Intervención y espacio público

### Prácticas cotidianas en la Ciudad de México

## Intervention and public space

### Daily practices in Mexico City

Valeria Falletti / Rafael Delgado

En este artículo se propone una reflexión sobre la intervención y el espacio público, modos de intervención sin demanda ni interviniente identificados. Trabajamos desde una concepción del espacio que implica la producción de subjetividad y de los vínculos sociales, pensamos en aquellas intervenciones que se establecen a partir de los intercambios cotidianos, de los modos de significar a los espacios y a los otros. Trabajamos con dos conjuntos habitacionales de la Ciudad de México, “ciudad dentro de la ciudad”, en los que se observa un sentimiento de pertenencia, la amenaza potencial y presente del “otro” extranjero, además de observar cierta continuidad entre el espacio público y privado.

Palabras claves: espacio público, intervención, privado, subjetividad.

This article aims to bring a reflection on intervention and public space, modes of intervention without demand or intervening identified. We work from a conception of space that implies the production of subjectivity and links social, we think of those interventions that are established from the exchanges everyday, the ways of meaning to spaces and to others. We work with 2 housing complexes of Mexico City, “city within the city”, in which there is a feeling of belonging, the potential and present threat of the “other” abroad, in addition to observing a certain continuity between the public and private space.

Key words: public space, intervention, private, subjectivity.

Fecha de recepción: 14 de marzo de 2018

Fecha del dictamen: 4 de junio de 2018

Fecha de aprobación: 19 de junio de 2018

## INTRODUCCIÓN

Al abordar el tema de la intervención son distintas las miradas y los alcances que se desarrollan en torno a ésta, así como las diferentes escuelas que destacaron la importancia de indagar sobre esta problemática. Sin lugar a dudas, el análisis institucional ha aportado en este sentido; también el trabajo etnográfico, el socioanálisis, la pedagogía institucional, por mencionar algunas corrientes. No obstante, poco ha sido el desarrollo en torno al papel que desempeña la dimensión socioespacial en torno a la propia intervención.

En este asunto también resulta ineludible la reflexión sobre el papel y el lugar del investigador: ¿desde qué perspectiva mira el investigador?, ¿cuáles son las implicaciones implícitas o explícitas que se presentan en el proceso de investigación?, ¿cuáles son los efectos de la presencia del investigador en el campo que pretende estudiar? Asimismo, ¿de qué manera el investigador también es intervenido?, ¿el espacio acaso también interviene? Por mencionar algunas de las interrogantes que aparecen en el ámbito de la investigación, las cuales se relevan y resuenan cuando se pretende investigar con el horizonte y desafío de intervenir.

En un artículo se menciona que “investigar hoy en educación, es intervenir” (Bedacarratx, 2002). Frente a este postulado, se vuelve pertinente preguntarse: ¿la intervención aparece de un acto voluntario o de la intención de alguien (en este caso el maestro o educador)?, ¿cómo pensar aquellas situaciones<sup>1</sup> que propician ciertas transformaciones o cambios producto de la participación y organización de ciertos colectivos frente a algunas problemáticas?, ¿acaso no es posible pensarlas como intervenciones sin un interviniente identificado? Consideramos que estas transformaciones también pueden ser pensadas como intervenciones producto de

<sup>1</sup> Para pensar la noción de situación nos apoyamos en el estudio de aquellas experiencias sociales que requirieron de una invención e imaginación no sólo de los grupos sociales sino también de quienes estudian estos temas, dado que las categorías sociales existentes y “a la mano” no podían capturar y describir aquellas experiencias. A modo de ejemplo, las categorías de movimientos sociales o bien de partidos políticos no respondían al proceso de las asambleas barriales vivido en 2001 en Argentina (Falletei, 2012), tampoco las categorías de obrero o de lucha de clase alcanzaban a captar el proceso de invención e imaginación desplegado en torno a las empresas recuperadas en el mismo país (Gracia, 2011). Asimismo, en relación con la noción de situación nos dicen: “Son situaciones que instalan un espacio público que está por fuera de lo público estatal, en las nuevas dimensiones de lo público se van constituyendo multiplicidades de ideas autogestivas conectadas en redes y armando lo común” (Fernández *et al.*, 2006:17).

analizadores naturales.<sup>2</sup> ¿Unas intervenciones tienen más valor o reconocimiento que las otras para el que investiga?, ¿y para quienes participan de ellas?

Varias de estas interrogantes son muestras de la necesaria problematización de la “intervención” en el espacio de lo público en los ámbitos urbanos, en el sentido de la interrogación y no con el fin de encontrar respuestas certeras al respecto.

Por lo tanto, proponemos en un primer momento desarrollar algunos debates identificados y en un segundo apartado nos interesa dar cuenta de algunas experiencias en conjuntos habitacionales de distintas colonias de la Ciudad de México, otros tipos de intervención. Es decir, en los espacios públicos y privados intervenidos, producto de la cotidianidad, en el día a día con los otros, más o menos reconocidos, pero lo cierto es que están ahí presentes en términos de “vecino”, “extranjero”, “semejante”, “diferente”, “confiable” o “no confiable”, por mencionar algunos de los significados que se presentan sobre el “otro” en los barrios, siendo que la reflexión sobre el otro se vuelve nodal para reflexionar sobre la intervención.

Según plantea Raymundo Mier: “La intervención es ya una forma de vínculo”. En este mismo sentido, el autor sostiene: “La intervención surge como posibilidad virtual en toda interacción. Es inherente a todo conocimiento social en condiciones de intercambio” (2002:13).

De los diferentes planteamientos plasmados por este autor en un número especial sobre la noción de intervención en la revista *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, rescatamos que se trata de una forma de vínculo<sup>3</sup> así como de un acto que instaura

<sup>2</sup> El concepto de analizador acuñado por el análisis institucional (Lourau, 1975; Lappasade, 1979), es un revelador, está atento a la acción de grupos o categorías o eventos y sucesos que develan la verdad de las instituciones (Manero, 1990). En el análisis institucional se desarrollan las diferencias entre el analizador construido y el analizador natural. El primero alude a un dispositivo diseñado por el investigador o interviniente, y que se utiliza con la intención de develar las lógicas institucionales que pueden dar cuenta de los malestares y conflictos en la institución. En cambio, el analizador natural es producto de ciertos procesos sociales e históricos que los mismos colectivos se dieron de modo espontáneo, generando así sus propios dispositivos. Ejemplos de estos dispositivos que funcionan como analizadores naturales son los modos asamblearios de toma de decisión, los formas autogestivas de producción, el proceso de conformación de empresas recuperadas, las economías solidarias, las formas organizativas y participativas logradas, por ejemplo, en la primavera árabe en 2010-2012.

<sup>3</sup> El vínculo se entiende en este trabajo en el sentido de una correspondencia con el orden del acontecer, es decir, el vínculo acontece, “no deviene sino que emerge, puntúa, quebranta pero al mismo tiempo desaparece” (Mier, 2011:3) Supone esa parte incalculable de una relación, vínculo que se establece en un tiempo y espacio “es aquello que cancela toda posibilidad de regulación” (Mier, 2011:3).

cierta extrañeza. En esta ocasión nos proponemos pensar en experiencias sociales urbanas que intervienen en los modos de significar los espacios y las relaciones con los otros, producto de la cotidianeidad y de la convivencia en espacios que tienen la cualidad de presentar continuidades entre lo más íntimo (el espacio privado de la vivienda) y el más desconocido (la ciudad). (Delgado, 2017), como son los conjuntos habitacionales, que en su momento fueron pensados como islas autosustentables, “la ciudad dentro de la ciudad”. Expresiones como las siguientes ilustran estas continuidades entre lo privado y lo público, o bien entre lo íntimo y lo externo: “uno se va del barrio, pero el barrio no lo deja a uno [...] acá hay gente que ha querido invadir [...] Ubicamos a los que no son de aquí y se les avisa que se le están metiendo en su casa”.

## INTERVENCIÓN Y ESPACIO PÚBLICO

El espacio público como escenario funcional de lo colectivo convoca en ese sentido también a la intervención que no puede tener lugar en el ámbito de lo privado. Por su lado, la acción, si es que tiene lugar, se ubica en el lugar de la mirada, en donde la intervención se presenta como un acto social dado que se despliega en el ámbito de lo colectivo.

En este sentido, la intervención da cuenta de una situación particular y convoca a una reflexión: ¿cómo se interviene y se da cuenta de los espacios? Para esta labor seguimos a Michel de Certeau (2010), quien afirma que para leer un espacio es preciso transitarlo, si entendemos a la Ciudad como un lenguaje la caminata supone su enunciación, por lo cual una de las estrategias metodológicas en la investigación referida (Delgado, 2017) hace del tránsito de los espacios una de las bases para este trabajo. El vagabundeo, la acción caminante, recorre la organización espacial, pero también insinúa un equívoco: el encuentro. Los recorridos resultan del efecto de los encuentros y desencuentros. El espacio también se modifica no sólo en los tránsitos sino también desde la posición y la mirada con los que se aborde. En el caso de la investigación referida, se despliega una intervención particular en donde la posición que se toma incide en la experiencia de la investigación; por ejemplo, una intervención gubernamental no muestra la pluralidad de voces que habitan los conjuntos habitacionales, sino un discurso homogéneo y oficial.

De esta manera, la intervención convoca a una acción que pretende modificar las prácticas de los sujetos en lo público, pero no sólo se trata de trastocar las prácticas sino los propios sentidos de éstas.

Como ya mencionamos, hemos tenido como eje de esta discusión un número especial de la revista *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales* acerca de la intervención. Los diferentes autores de las colaboraciones optan por referencias y posiciones que, de alguna manera, se sostienen en otras precedentes. Aquellos que sostienen/prescriben los aportes y contribuciones del análisis institucional y otros que miran críticamente a esta corriente de pensamiento. Estos últimos sostienen que en el acto de la intervención se reproducen las relaciones vinculares jerárquicas, asimétricas y de poder que se intentan dilucidar en las instituciones.

Como ya señalamos, Raymundo Mier enarbola esta mirada crítica y escéptica, y dice sobre la intervención: “[...] exige la implementación de un marco de normas en un universo normado, el que genera tensión y un ámbito ambiguo de validez” (2002:15). Respecto de la perpetuación de las relaciones asimétricas, plantea: “[...] la estructura de la intervención hace patente la asimetría del vínculo y la afección desigual del acontecimiento”.

Nos inclinamos a pensar que los efectos del acto de intervenir no contienen una esencia que promueva: “la asimetría en el vínculo”, que se trate de una “servidumbre voluntaria” o bien de la “perpetuación de un régimen despótico” (Mier, 2002). Es decir, consideramos que la intervención en sí misma no tiene estas atribuciones ni ese poder que se le adjudica, más bien, habría que pensar en la singularidad de esa intervención en ese colectivo, grupo o bien institución. En este sentido, también reflexionar sobre las características de quien interviene: ¿qué se dio y estableció en ese encuentro específico y singular? Asimismo, analizar las condiciones del contexto histórico-social e institucional.

Más allá de los distintos sentidos que puede tomar la noción de intervención, creemos que en un sentido amplio, intervenir es incluirse en un espacio social, lo cual supone una experiencia. Por lo tanto, nos preguntamos: ¿qué espacio más significativo para pensar la inclusión, que el espacio urbano y público?

En este sentido, será importante preguntarse sobre aquel que investiga y los efectos que produce en el campo, y además sobre el porqué y el para qué de su inclusión (Araujo, 2001, en Bedacarratx, 2002:156). Esta serie de interrogaciones se han vuelto nodales para pensar la posibilidad (o no) de la inclusión en el espacio público y urbano.

Otro de los linajes teóricos de la intervención comunitaria puede ser reconocido en la propuesta de Kurt Lewin en torno a la investigación-acción. En este planteamiento encontramos una especie de deslizamiento progresivo del “investigador” al “interviniente” (Soto, 2002:196).

Si bien Ardoino (1981:22) plantea que: “El acto fundador de una intervención es la expresión de una demanda de un cliente”,<sup>4</sup> entonces nos resulta interesante pensar en las intervenciones sin demanda identificada y sin interviniente: ¿cómo pensarlas?, ¿cómo significarlas?, ¿se trata también de intervenciones? Estas son las razones por las que pretendemos pensar en experiencias urbanas en conjuntos habitacionales de distintas colonias de la Ciudad de México; reflexionar sobre los cambios y transformaciones producidos por los vínculos e intercambios vecinales cotidianos y por el simple hecho de habitar y convivir en espacios públicos<sup>5</sup> comunes, en contextos urbanos complejos.

Es decir, consideramos que ciertas prácticas cotidianas en los espacios públicos, aunque invisibles, generan transformaciones en términos de tensión entre el espacio y el sujeto. Al abordar el estudio de la dimensión espacial en la intervención se busca dar cuenta de los dispositivos que constituyen al espacio y a los propios sujetos; sin embargo, los usuarios también transforman el espacio a partir de sus prácticas singulares con las que lo habitan. De este modo, al insistir en entender a la investigación y al investigador, se promueven el trabajo de elucidación y el análisis de la implicación, procesos que colaboran en la visibilidad de ciertas cuestiones y aspectos que, aunque no visibles, producen efectos en los modos de ser, sentir y pensar de los actores sociales (incluido el investigador al insertarse en un espacio). Desde esta perspectiva es importante identificar y considerar a las latencias presentes en el terreno. Elucidar nos lleva a explorar y a de construir de un modo siempre inacabado, se propone un criterio que se aleje de un texto-verdad y que permita interrogar las “verdades” (Fernández *et al.*, 2014:16). ¿Cuáles son aquellas “verdades” que sedimentan las relaciones vecinales?

Para pensar a la implicación, además de los aportes que el análisis institucional realiza sobre esta noción y que resuena en otras miradas como la reflexividad<sup>6</sup> (Guber, 2001), nos interesa destacar la siguiente propuesta:

<sup>4</sup> En este punto, Ardoino (1981:22) plantea que si se insiste sólo en la demanda del cliente queda en la sombra “la demanda de la demanda del cliente”. Dado que toda demanda originalmente está anudada a deseos y motivaciones. En este nivel subyacente están presentes las pulsiones, manifestaciones transferenciales y contratransferenciales de las implicaciones libidinales e institucionales.

<sup>5</sup> Es importante señalar que en estos intercambios cotidianos seguramente existen demandas implícitas que frente a la presencia del extranjero/investigador pueden transformarse tanto en encargos como en demandas explícitas.

<sup>6</sup> En este texto, Guber (2001:48) hace referencia a tres tipos de reflexividades: 1) la del investigador como integrante de una cultura; 2) la del investigador como investigador, 3) la reflexividad de la población que examina. “El llamado posmoderno a la reflexividad supuso que el etnógrafo

En nuestra propia práctica investigativa, en tanto abordamos la dimensión política de la subjetividad, la pregunta por las implicaciones se torna una valiosa herramienta en nuestra tarea de investigación que nos lleva a interrogarnos cada vez más por esos nudos de relaciones institucional-subjetivas, y por ende de poder, desde los que desplegamos nuestros trabajos de campo y nuestras conceptualizaciones (Fernández *et al.*, 2014:15).

Por tanto, en los siguientes párrafos nuestra propuesta es mostrar ciertos procesos que se despliegan, ciertas intervenciones que se producen, a partir de un trabajo desde la interrogación, desde el ejercicio de develar aquellas prácticas y significaciones sociales naturalizadas en ciertos contextos urbanos de la Ciudad de México. La elucidación y la implicación son herramientas de análisis pertinentes dado que la perspectiva de espacio urbano que utilizamos, incluye tanto a la dimensión de la subjetividad como a los vínculos sociales. En la práctica del espacio, son los vínculos entre los sujetos quienes sostienen la manera en la que se configuran las fronteras entre lo que se entiende como propio y lo común, entre lo público y lo privado, como abordaremos a continuación.

#### **SOBRE LAS FRONTERAS ENTRE ESPACIO PÚBLICO Y PRIVADO**

En las ciudades existe una frontera entre cuyos (aparentes) límites se desarrolla la vida cotidiana de los sujetos que le habitan: la frontera entre lo público y lo privado. Cómo se entiende esta distinción resulta fundamental no sólo para entender las dinámicas urbanas sino la propia construcción de una subjetividad que tiene lugar en un espacio determinado, espacio que participa no sólo de la construcción geométrica de posibilidades de tránsito y encuentro sino también de la configuración simbólica del sujeto y el lugar, su participación resulta fundamental para comprender la construcción de los vínculos. Es por esto que resulta difícil pensar en la intervención sin reparar en la dimensión espacial en donde sucede.

En ese sentido, los conjuntos habitacionales resultan un espacio privilegiado para esta discusión entre el espacio, lo público y la intervención, ya que en estos diseños de vivienda se pueden interrogar las posibilidades de lo público y lo privado.

---

debía someter a crítica su propia posición en el texto y en su relato del pueblo en estudio, bajo el supuesto de que lo que estamos capacitados para ver en los demás depende en buena medida de lo que está en nosotros mismos”.

En particular revisamos los casos de dos conjuntos habitacionales: Centro Urbano Presidente Alemán (CUPA) y la Unidad Independencia (UI), producto de las primeras intervenciones del Estado mexicano posrevolucionario en el tema de la vivienda. Durante la década de 1950 nos encontramos con el llamado “milagro mexicano”, un repunte en la economía del país que se acompaña de una amplia migración a la Ciudad de México, debido a la centralización de los recursos, lo cual genera (y sigue siendo uno de los problemas que enfrenta la Ciudad) una demanda incesante de vivienda. Si la Ciudad ya no podía crecer horizontalmente, entonces debía crecer de manera vertical. Proliferan estos espacios que bien podemos entender en la producción del espacio que plantea Lefebvre (1973), en donde se busca transformar esta condición incierta y hasta caótica de las ciudades a partir de una planificación espacial, la cual busca producir no sólo nuevos espacios sino, a partir de éstos, nuevos sujetos. Es decir, se plantea –mediante estas políticas públicas de vivienda– una nueva relación del espacio de la sociedad, o bien la producción de un nuevo espacio y una nueva sociedad. “Es otra concepción del espacio que tiene como objetivo combatir los desarrollos desiguales” (Lefebvre, 1973:22); se busca replantear las relaciones entre las dinámicas sociales y el urbanismo (Harvey, 1977). No obstante, estas políticas en su funcionamiento parecían operar en torno a un olvido: los habitantes de estos espacios.

Retomando la propuesta de Michel de Certeau (2010), resulta imposible comprender un espacio sin las prácticas que en él se llevan a cabo, la estrategia gubernamental pareciera subvertida por las tácticas de los usuarios, ¿será acaso que los sujetos intervienen el espacio o es el espacio quien interviene en ellos? Resulta entonces pertinente revisar las prácticas de los habitantes de estos conjuntos habitacionales a casi 60 años de su puesta en marcha.

Uno de los bastiones de estos diseños era la priorización de las áreas verdes que se suponían comunes (en CUPA cerca de 70% del conjunto lo conforman áreas verdes y en la UI se asume como “ciudad jardín”). Sin embargo, las áreas comunes sólo se entienden como públicas para los habitantes de los conjuntos, no así de los demás sujetos que pretendan ingresar a éstas. Esta situación es uno de los conflictos más comunes en los conjuntos habitacionales: ¿quién ingresa a éstos? Esta problemática ha llevado incluso a transformar los diseños de estos espacios habitacionales, una experiencia de este tipo la encontramos justo en el Centro Urbano Presidente Alemán.

En la actualidad, en este complejo se puede apreciar una reja perimetral, la cual no figuraba en el diseño original, sino que supone una barrera al tránsito de “extranjeros” al conjunto, es decir aquellos que “no son de aquí”. Comenta una vecina del CUPA: “El otro día corrí a unos fulanos, les dije: ‘esto no es público’, me dijeron: ‘¿sí? dónde dice’,



‘no lo dice pero no es público’<sup>7</sup>. El otro carece de nombre o de la cualidad de sujeto, sin embargo, su presencia transgrede a los habitantes.<sup>8</sup>

Asimismo, un vecino jubilado habitante del conjunto nos platica sobre las dificultades de vivir en este conjunto:

[...] otra de las cosas es que no es ni gente de aquí, gente que viene de afuera que ya sabe que aquí está la cancha, que está el servicio y se hacen problemas. Se hizo una barda perimetral alrededor pero no la respetan, no la respetan, se sigue haciendo el relajó, sabiendo que esta unidad pues realmente puede ser privada, pero no lo ve así la gente; la gente sí se enoja, dice, discute, habla, pero no hace nada, no coopera la gente en sí.<sup>9</sup>

Situación que es bien percibida por los ajenos al conjunto. En entrevista con una habitante exterior al conjunto, responde a la pregunta sobre cómo es ser vecina del Centro Urbano Presidente Alemán:

Bien, normal. Yo paso y ya. Es extraño porque no usan sus instalaciones, son ermitaños, te hacen saber que son de ahí, quién es y quién no es; pero eso si vas quieren saber todo de tu vida, pero nada de la de ellos.<sup>10</sup>

Por otra parte, en la UI, otro proyecto de conjunto habitacional enfocado en la idea de una ciudad jardín, los vecinos afirman padecer también el acoso de los ajenos al conjunto. Al igual que el CUPA, los muros delimitan un espacio que pareciera estar en disputa; nos comenta una de las habitantes más antiguas: “[...] ya pusieron rejas y cuidadores, se metían de todos lados y destruían, los chamaquitos y las señoras

<sup>7</sup> Adela, 45 años, Asociación de Jubilados y Pensionados del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE).

<sup>8</sup> Esta noción de “otro” como extranjero nos remite a una idea de sujeto inseparable a la idea de representación y donde la diferencia es pensada como negativo de lo idéntico (Fernández, 2007; Falletti, 2010). En cambio desde la perspectiva de la subjetividad, la diferencia (en nuestro caso el otro) es pensada como la producción de heterogeneidades. Las diferencias entre sujeto y subjetividad tienen consecuencias en el plano ético y político así como en el planteamiento conceptual y en los modos de intervención psicosocial. Desde nuestra postura, las subjetividades están plasmadas en las fuerzas productivas y las de consumo y en los medios de semiotización (Rolnik y Guattari, 2006); asimismo pensamos a la producción de subjetividad a partir del agenciamiento, el acontecimiento y la multiplicidad (Fernández, 2007).

<sup>9</sup> Genaro, 60 años, Asociación de Jubilados y Pensionados del ISSSTE.

<sup>10</sup> Ana María, 70 años. Entrevistada núm. 4, Centro Urbano Presidente Alemán.

arrancaban las plantas, como que tenían coraje, porque creían que la casa era propia y no, la estaban pagando. Les daba coraje a los del Cerro del Judío”.<sup>11</sup>

Este retiro de la vida pública y privilegio de lo privado se vuelve una reclusión hacia un adentro que percibe lo ajeno como amenaza. “Cuando la esfera pública ya no ofrece espacio de inversión política, los hombres se vuelven anacoretas en la gruta de la vivienda privada” (De Certeau, Giard y Mayol, 2010:150). En ese sentido, la espacialidad pareciera revestir significaciones más profundas que las formas arquitectónicas en sí mismas, la simple oposición geométrica se inviste de hostilidad, como lo apunta Lefebvre, se trata de una “estrategia del espacio dominante-dominado” (Lefebvre, 1973:222). Es decir, el espacio proporciona no sólo la posibilidad de vivienda, sino supone un entramado de signos que posibilitan la reproducción no sólo de vínculos sino las propias relaciones sociales de producción: “Es el espacio y por el espacio donde se produce la reproducción de las relaciones de producción capitalista” (Lefebvre, 1973:223).<sup>12</sup>

De esta manera, la oposición público/privado aparece como una de las dicotomías más relevantes para el estudio de la vida contemporánea y de la noción de intervención, ya que ésta supone también cierta transgresión de estas normas. El ordenamiento de la vida urbana pasa por la manera de entender estas posiciones entre lo público y lo privado. Sin embargo, las fronteras entre una y otra suelen desdibujarse en las prácticas de los sujetos, la coyuntura de estas confusiones aún es fértil para la discusión y el análisis tanto de los aspectos sociales como políticos.

Siguiendo a Nora Rabotnikof (2005), es preciso trazar las formas acerca de cómo se ha entendido el espacio de lo público, formulado principalmente como el lugar de lo colectivo. Se trata de una práctica entendida como posibilidad de uso en comunidad, es decir, su uso no se encuentra restringido a alguna singularidad; por otra parte, lo privado supone un retiro, justamente, de esta colectividad, cuyo uso se restringe a un determinado grupo de sujetos.

Se puede entender, asimismo, como un ejercicio de la mirada, lo que es posible observar o no, aquello que puede ser expuesto o sometido al escrutinio frente a aquello que se sustrae de dicha mirada, aquello que podría entenderse como íntimo, si bien en este aspecto profundizaremos más adelante, diremos que lo más íntimo no se encuentra sino en el exterior. Lo público convoca a la cualidad óptica del espacio, se trata de un ser visual. La mirada ajena niega las distancias propias del sujeto, estableciendo

<sup>11</sup> Estela, 80 años. Entrevistada núm. 5, Unidad Independencia.

<sup>12</sup> En este sentido, véase también la obra de Harvey (1977), donde se aborda la dimensión de la reproducción de un sistema económico a partir del mismo espacio urbano.

a su vez las propias distancias. Esa mirada del otro cambia las perspectivas de mi mundo, reconfigurando el propio espacio. En este sentido es interesante pensar en el planteamiento de Jacques Lacan al respecto, la mirada no es el ojo, “lo que nos mira es la presencia imaginaria del otro”. En otras palabras, el espacio también interviene en el sujeto, y viceversa, en una relación de tensión entre el espacio y el sujeto.

Para entender esta aparente polarización de sentidos (lo privado como íntimo, lo público como exterior) es preciso reparar en la historicidad de la producción de los discursos en los que se entienden estos conceptos que parecieran naturalizados. A partir de la modernidad, la privatización de los espacios se bifurca en dos sentidos que después vuelven a encontrarse. Por un lado, como comentábamos atrás, se entiende la privatización como el pasaje de espacios a un uso particular, es decir, el retiro de los usos colectivos para usos particulares. En ese sentido, es notorio cómo la reclusión de los espacios se aprecia de una manera positiva, mientras que el espacio de lo público se entiende de manera negativa, incluso amenazante. Por otra parte, remite a una privacidad que retira de la mirada algo, sustrae al espacio a una esfera pretendidamente íntima, no obstante, la propia práctica espacial requiere un pasaje al otro, es decir, las puertas y ventanas suponen un elemento físico y simbólico de entrada y salida. Como lo señala Michel de Certeau: “apropiación presente del espacio mediante un ‘yo’ tiene como función implantar otro relativo a este ‘yo’, instaura así una articulación conjuntiva y disyuntiva de sitios” (De Certeau, 2010:111).

La privatización supone, también, la transformación de un pasaje al uso y comercialización de particulares. Es evidente que buena parte de las transformaciones espaciales responde a los requerimientos del capital, como ya lo advertía Lefebvre: “El espacio deviene cada vez más un espacio instrumental” (1973:223). En este sentido, los propios conjuntos habitacionales surgen de la necesidad de acercar a los trabajadores a los centros laborales. La Unidad Independencia se edificó cerca de las fábricas, como nos lo platica uno de los vecinos ex trabajador de una de ellas: “Antes había muchas fábricas por allá abajo (señala hacia el periférico), estaban La Alpina, La Hormiga, Loreto, Peña Pobre, Puente Sierra, Santa Teresa... Yo trabajaba en una fábrica de acá abajo, en la Alpina”.<sup>13</sup>

De lo que se trató fue de acortar los tiempos de traslado, mejorar la calidad de los trabajadores, como bien lo expresa una vecina de la Unidad Independencia:

Esto se hizo para los trabajadores, parece que se empezó a dificultar la venida de los trabajadores para alrededor de acá, entonces López Mateos, el licenciado López

<sup>13</sup> Raúl, 70 años. Entrevistado núm. 6, Unidad Independencia.

Mateos, ideó con el señor Benito Coquet, hacer una unidad [...] aquí escogieron a los empleados que estuvieran más cerca y supieran cuidarla. Había de todo no crea que nada más gente [...] no nada más cierta gente, había cinematografistas, electricistas, telefonistas, periodistas, obreros [...] obreros que no sabían ni lo que era una regadera, vivían allá afuera en covachas completamente, de verdad, no sabían ni para qué era la cadena del baño, andaban muy atrasados, y los trajeron aquí. También para eso lo hizo, para mejorar a la gente.<sup>14</sup>

La disputa por el espacio convoca a una reflexión por la condición espacial del sujeto, ya que como lo expresa la vecina existe un supuesto en la edificación de este tipo de viviendas que se expresa en: “para eso lo hizo, para mejorar a la gente”, desde esta perspectiva, el espacio incide en los habitantes. Justamente abandonando las lógicas dicotómicas expuestas, el espacio resulta inseparable de lo que ahí se despliega, lo que deviene; el espacio también interviene en el sujeto, resulta fundamental reparar en éste para entender lo que ahí se produce, como un dispositivo que produce a cierto sujeto.

De esta manera, entendemos que la transgresión de los límites, las fronteras físicas e imaginarias resultan una intrusión en la propia intimidad de los sujetos que habitan el conjunto, una intimidad expuesta. Una intimidad que no se encuentra adentro, lo más íntimo está afuera. Siguiendo al filósofo Gastón Bachelard (2010:250): “Dentro y fuera constituyen una dialéctica de descuartizamiento”. Es decir, la geometría nos lleva a pensar que la cualidad del ser se encuentra “adentro” y “afuera” del no ser; la geometría *espacializa* al propio pensamiento. No obstante, el ser no puede fijarse ya que: “Encerrado en el ser habrá siempre que salir de él. Apenas salido del ser habrá que volver a él. Así es en el ser, todo es circuito, todo es desvío, retorno, discurso, todo es rosario de estancias, todo es estribillo de coplas sin fin” (Bachelard, 2010:252).

Se trata de operaciones singulares y colectivas, las cuales se entran con las prácticas de los habitantes de los conjuntos, donde se manifiesta esta implicación con el espacio en estas mismas prácticas; donde la diferencia en los modos de practicar el espacio exhibe la pertenencia o no al conjunto habitacional. Es decir, el espacio de lo público es también un espacio de lo íntimo para sus habitantes, de este modo se entiende parte de la hostilidad hacia quienes transgreden estos límites que no son sólo físicos, sino también imaginarios y simbólicos.

<sup>14</sup> Estela, 80 años. Entrevistada 5, Unidad Independencia.

**DE LAS PRÁCTICAS BARRIALES Y DE LOS OTROS**

Para tratar de aterrizar estos conceptos, es menester reparar en la vida en los barrios de la Ciudad de México, históricamente periféricos a la Ciudad. Los conjuntos habitacionales también se inscriben en otro espacio, el espacio urbano que contiene y constituye a la vez al conjunto urbano; es decir, el barrio en que son edificados también configura las formas de vincularse entre los sujetos, reconfigurando de esta manera una doble inscripción, tanto al conjunto como al barrio que lo contiene.

Uno de los habitantes que participa en la asociación de jubilados de este conjunto así lo expresa: “¿Quién diría dónde quedó ubicado el CUPA en el corazón de la del Valle?, ésta es una zona que lo tiene todo: cines, centros comerciales, metro”.<sup>15</sup> El barrio implica una serie de beneficios que no son sólo económicos, sino también simbólicos y de estatus. Justamente el comercio supone una de las formas de reconocimiento que pasan no sólo por lo que se dice, sino por lo que se calla también. Comprar no se trata sólo de intercambiar dinero por bienes o a cambio de alimentos, se trata de las maneras de hacerlo y los modos de vinculación. Uno de los jubilados del CUPA nos plantea: “Como con don Pepe, yo como aquí en los caldos porque es para lo que alcanza, si voy con don Polo pues no me alcanza, mi pensión es chiquita”.<sup>16</sup> Es decir, no se trata de un mero intercambio sino de la fidelidad que lleva implícita, se trata de un intercambio simbólico, un consenso no dicho entre el comerciante y el cliente, el cual se insinúa mediante gestos que buscan un mutuo reconocimiento. El barrio aparece como el lugar donde manifestar un “compromiso” social, “el arte de coexistir con los interlocutores (vecinos, comerciantes) a los que nos liga el hecho concreto pero esencial de la proximidad y la repetición” (De Certeau *et al.*, 2010:6). Lo que se juega tanto en el conjunto como en el propio barrio es el reconocimiento de los semejantes.

El espacio que se comparte, o bien que se disputa, pero que finalmente vincula de una u otra forma a los sujetos que lo cohabitan, convivencia ineludible pero a su vez necesaria. Compartir estas prácticas conlleva no sólo a compartir la geometría sino que se comparten una serie de códigos que van interviniendo y resignificando a los sujetos, quienes a su vez también reconfiguran los sentidos del espacio a partir de las prácticas que trastocan un sentido pretendidamente inequívoco.

“Uno se va del barrio, pero el barrio no lo deja a uno”, es común escuchar en estos lugares, ya que éste resulta una solución de continuidad entre lo más íntimo, el

<sup>15</sup> Néstor, 70 años. Entrevistado 1, Centro Urbano Presidente Alemán.

<sup>16</sup> Joel, 75 años. Asociación de Jubilados y Pensionados.

espacio privado de la vivienda, y el más desconocido (la ciudad). El barrio resulta en cierta medida una *intimización* del espacio urbano, es por esto que tanto el conjunto habitacional como el barrio se entienden como una casa. En ese sentido, los conjuntos habitacionales parecieran constituir su propio barrio y lugar.

El barrio es un tránsito, se trata de relaciones, de reconocimientos, se trata de una relación que no es sino una práctica entre los sujetos, el espacio y el tiempo, “la práctica de barrio es signo de una táctica que sólo ocurre junto con la de otro” (De Certeau *et al.*, 2010:11).

En estos espacios urbanos suele apreciarse una exigencia de pertenencia, es decir, una demanda de pertenencia. La construcción de una cierta identidad de “ser de ahí”, “ser del barrio”. El espacio resulta el escenario de una puesta en escena que convoca al sujeto a tomar partido, la práctica espacial supone una adscripción (o no) a una serie de códigos (escritos o no) que implican formas de practicar y habitar el espacio; es decir, el cómo se viste, el cómo se camina, el cómo se habla, refieren a una pertenencia al espacio, a un deber ser y a un saber comportarse. Ante las intrusiones de ajenos los vecinos afirman: “Luego, luego sabemos quién no es de aquí”.

Entrar en un determinado sitio supone entrar no sólo en un espacio geométrico sino también en una serie de códigos y normativas que lo regulan. Los propios códigos de convivencia se encuentran en constante tensión, se reinventan día a día. Para integrarse a una cierta convivencia, es necesario saber leer los signos del cuerpo, el cual resulta el mensajero que permite informar y grabar los signos del reconocimiento, la práctica de barrio supone un arte de reconocimiento mutuo. Los habitantes quedan así sujetados a una normatividad, la conveniencia, que ocupa el lugar de la ley. Todos los habitantes están dispuestos a integrarse a esta normativa implícita para hacer posible la vida cotidiana.

Comenta un vecino de 60 años sobre la cotidianidad en el Centro Urbano Presidente Alemán:

Es muy complicada esta unidad [...] se vive muy cómodo, tenemos un lugar de lo más precioso que existe en el Distrito Federal, yo lo considero así; vías de comunicación, tenemos metro aquí a un lado, las vías de comunicación son rápidas, centros comerciales, tenemos todo lo que hay cerca, entonces es un privilegio estar viviendo aquí, pero [...] ese es el problema mayor que no nos dejan vivir a gusto.<sup>17</sup>

<sup>17</sup> Genaro, 60 años. Asociación de Jubilados y Pensionados del ISSSTE.

El afuera construye el adentro, las propias normativas externas atraviesan y constituyen el adentro. La producción de un espacio resulta una operación de carácter simbólico, puesto que es un espacio significado de diversas maneras, un espacio ocupado donde tienen lugar los intercambios entre los sujetos, “las diversas maneras de hablar, de presentarse, de manifestarse en el campo social, no son más que el asalto indefinido de un sujeto público para tomar un lugar entre los suyos” (De Certeau *et al.*, 2010:21). Entender este nivel simbólico nos lleva a elucidar las prácticas con que los sujetos se apropian de los espacios.

La vecindad con otros sujetos resulta ineludible y necesaria al mismo tiempo. De esta manera, la proximidad requiere desarrollar un papel: “la práctica de barrio implica la adhesión a un sistema de valores y comportamientos que fuerzan a cada uno a mantenerse en su papel” (De Certeau *et al.*, 2010:14). Construcción de un personaje, que se le impone desde la cultura y que se debe sostener en el espacio público. De esta manera, resulta una construcción identitaria que sitúa a lo diferente, a la alteridad, afuera; se construye un tercero, un otro, sin lo cual no tendría sentido lo que se es, o más bien lo que se imagina ser.

Así, en los conjuntos habitacionales, como en otros espacios de la Ciudad, presenciamos un repliegue a la esfera de lo “privado”. De esta manera, en tanto el propio barrio supone una extensión de lo íntimo, cierta privatización, el espacio urbano pareciera *intimizarse*. La distinción entre lo público y lo privado, parece estar en buena medida desvanecida en las prácticas de barrio, fronteras que parecieran claramente definidas, las cuales terminan tropezando en sus límites.

Entrar a un conjunto supone cierta transgresión de estos límites, la presencia de sujetos no habitantes del lugar se vive no sólo como una intrusión, sino incluso como cierta transgresión, toda vez que perturba el orden de las cosas. Entrar en estos conjuntos supone una exclusión para el extranjero al conjunto. Lo que se pone en juego, entonces, tiene que ver con otras formas de significar lo público y lo privado, ¿cómo se vive el lugar?, ¿qué se entiende por buscar una mayor privacidad?, ¿es posible una reclusión total?

Para Castoriadis (2013), la idea o la significación social imaginaria de lo público y lo privado refiere a la ruptura de la mónada psíquica, en donde la psique es atravesada por el mundo histórico social, imposición que no es vivida de una manera grata, “el final de estas historias [...] es la emergencia del individuo social como coexistencia siempre imposible y siempre realizada de un mundo privado (*kosmos idios*) y de un mundo común o público (*kosmos koinos*)” (2013:470).

Negar y suprimir al otro como otro, esta clausura de la significación, resulta una frontera de sentido de la sociedad heterónoma, réplica siempre defectuosa e inacabada,

del estado monádico de la psique y de su incapacidad constitutiva de aceptar aquello que no es ella misma, “sería mejor decir que el ‘afuera’ es *creado* para que la psique pueda arrojar ahí aquello que no quiere, aquello para lo cual no tiene lugar en su interior, el absurdo o sentido negativo” (Castoriadis, 2013:474). Buena parte de lo que se pone *afuera* o que se deposita en el otro responde a las afecciones imaginarias propias, se atribuye a ese otro imaginario los placeres y displaceres que finalmente son más cercanos a la propia producción de los estados imaginarios del sujeto (Castoriadis, 2013:480). Lo que queda dentro no es sino la ilusión de completud.

La aversión pareciera ser puesta *afuera* pero que no deja de ser en cierta manera un rechazo que opera en los espacios tanto públicos como privados, en donde el afuera es representado como ajeno, como no propio y como amenazante. Los sujetos modernos, aspirantes de una “individualidad” vivida como una virtud cuasi aspiracional, encuentran en la privacidad una meta, por lo que las murallas y las divisiones se requieren en mayor cantidad cada vez. Los límites que los aíslan suponen una fuente de protección de su “individualidad”, como las rejas del CUPA o los muros de la UI, no obstante estos límites o barreras imaginarios contra una otredad confieren cierta identidad imaginaria, la cual pareciera sostener su propia subsistencia.

Es preciso cuestionar sobre las formas de vinculación que se construyen en torno a la hostilidad o a la construcción de lo que Norbert Elias (2003:50) denomina como establecidos y marginados. En estos grupos sociales el estigma no desaparece y la carencia principal que sufre el grupo marginado no es la falta de comida sino más bien la carencia de valor, el estigma social que los miembros adjudican al grupo marginado se transforma en un estigma material y se cosifica. De este modo, el grupo establecido queda eximido de cualquier culpa y justifica su aversión y separación del grupo marginado. En el desarrollo de estas dinámicas sociales, se observa también el modo en que el espacio interviene y participa en la construcción de vínculos entre los sujetos, quienes trastocan el sentido del mismo. Por ello, la arquitectura pareciera encontrar su sentido último en las prácticas cotidianas vecinales de los sujetos que la transforman y resignifican.

## REFLEXIONES FINALES

En el presente escrito intentamos establecer una relación entre la producción del espacio y la del sujeto. Pensar ciertas reconfiguraciones del espacio, cómo se reeditan en la producción de un sujeto: en su sentimiento de pertenencia, en la significación y el vínculo con los otros, y en las significaciones e historia del lugar que se habita, en las



dinámicas que se producen en los intercambios cotidianos, en la construcción del otro como amenaza latente y presente, también como vecino. En este sentido pensamos al espacio público como un modo de intervención en el sujeto y en sus vínculos sociales. Asimismo hemos podido observar que las fronteras entre espacio público y privado son difusas, dado que se puede dar cuenta de un retiro en el espacio público, así como de un espacio común que tiende a tornarse privado. Por ello, de cierto modo, notamos algunas continuidades entre el espacio público y el privado.

Nos resulta pertinente pensar el proceso de investigación en el espacio a partir de las herramientas de la elucidación y de la implicación. El espacio público permite comprender las dinámicas sociales asentadas y producidas en éste; no obstante, las prácticas espaciales a su vez también transforman el espacio tal y como fue concebido. En ese sentido, se revela que el espacio se configura y reconfigura a partir de los vínculos producidos en él en una relación indisoluble.

Así, el espacio supone una intervención que genera transformaciones en los intercambios de los sujetos y en los modos de vincularse, el espacio público resulta el escenario de un conjunto de prácticas predeterminadas y al mismo tiempo deseables socialmente, como sucede con los grupos sociales establecidos y marginados. Esta segmentación de las colectividades, la pretendida división entre lo público y lo privado, aparece como una competencia donde el otro se entiende como un adversario; sin embargo, en el propio espacio se pueden entrever otras posibilidades de vinculación. Si bien es imposible una identidad homogénea, aun así es posible construir otros modos de vincularse con los otros y, por lo tanto, otros espacios desde la multiplicidad de sentidos que se encuentran y se entrelazan, quizás desde los intersticios. De este modo, el espacio público deviene como un espacio de aparición que se constituye por las relaciones que se producen en el mismo. La intervención se entiende de esta manera como emergencia de escenarios múltiples y discontinuos donde lo que se pone en cuestión es el orden de las cosas, por lo cual colocarse en los intersticios supone la posibilidad de cuestionar e interrogar la naturalización de las prácticas y de los vínculos que muchas veces se expresan en modos particulares de habitar los espacios públicos y urbanos.

## BIBLIOGRAFÍA

- Araujo, Garbiel (2001). "La reflexión sobre la intervención psicosocial desde algunos supuestos", mimeo, México: UAM-Xochimilco.
- Ardoino, Jaques (1981). "¿Imaginario del cambio o cambio de lo imaginario?, *La intervención institucional*. México: Folios.

- Bedacarratz, Valeria (2002). “Implicación e intervención en la investigación social”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 18/19, “Pensar la intervención”, junio-diciembre, México: UAM-Xochimilco, pp. 153-170.
- Bachelard, Gaston (2010). *La poética del espacio*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Berenstein, Isidoro (2001). “El vínculo y el otro”, *Psicoanálisis ApdeBA*, vol. XXIII, núm. 1, Buenos Aires.
- Castoriadis, Cornelius (2013). *La institución imaginaria de la sociedad*. México: Tusquets.
- De Certeau, Michel, (2010). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- , Pierre Mayol y Luce Giard (2010). *La invención de lo cotidiano II. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.
- Delgado, Rafael (2017). “Los días terrenales. La vida en los conjuntos habitacionales de la Ciudad de México”. Tesis para la obtención del grado de maestría en psicología social de grupos e instituciones. México: UAM-Xochimilco.
- Falleti, Valeria (2010). “Reflexión teórica sobre sujeto y subjetividad en las ciencias sociales”, *Revista de Investigación Social*, año VII, núm. 10, verano, México: IIS-UNAM.
- (2012). *Movilización y protesta de las clases medias argentinas*. México: UAM-Xochimilco/CEIICH-UNAM/Clasco.
- Fernández, Ana María (2007). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires: Biblos.
- *et al.* (2006). *Política y subjetividad*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Fernández, Ana María, Mercedes López, Sandra Borakievich, Enrique Ojam y Candela Cabrera (2014). “La indagación de las implicaciones: un aporte metodológico en el campo de problemas de la subjetividad”, *Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura*, núm. 7, abril, Santiago de Chile: Escuela de Psicología Universidad ARCIS, pp. 5-20.
- Gracia, Amalia (2011). *Fábricas de resistencia y recuperación social. Experiencias de autogestión del trabajo y la producción en Argentina*. México: El Colegio de México.
- Guber, Roxana (2001). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Norma.
- Harvey, David (1977). *Urbanismo y desigualdad social*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Lapassade, George (1979). *El analizador y el analista*. Barcelona: Gedisa.
- Lefebvre, Henri (1973). “La producción del espacio”, *Papers: Revista de Sociología*, núm. 3, Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Lourau, René (1975). *El análisis institucional*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Manero Brito, Roberto (1990). “Introducción al análisis institucional”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 1, diciembre, México: UAM-Xochimilco.
- Milena Andrea y Pablo Páramo (2014). *La ciudad habitable: espacio público y sociedad*. Bogotá: Universidad Piloto de Colombia.
- Mier, Raymundo (2002). “El acto antropológico: la intervención como extrañeza”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 18/19, “Pensar la intervención”, junio-diciembre, México: UAM-Xochimilco, pp. 13-50.

- (2004) “Calidades y tiempos del vínculo. Identidades, reflexividad y experiencia en la génesis de la acción social”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 21, México: UAM-Xochimilco.
- Rolnik Suely y Félix Guattari (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Ediciones Traficantes de Sueños.
- Rabotnikof, Nora (2005). *En busca de un lugar común. El espacio público en la teoría política contemporánea*. México Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM.
- Soto, Adriana (2002). “Procesos de intervención comunitaria”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 18/19, “Pensar la intervención”, junio-diciembre, México: UAM-Xochimilco, pp. 191-209.